

Marc Richir, *La contingencia del déspota*

Madrid, Brumaria, 2013, 444 pp.

Hugo S. Triana

Recibido 22/12/2025 • Aceptado 31/01/2026

ORCID: <<https://orcid.org/0009-0000-4823-4533>>

Hace poco más de una década, la antigua editorial Brumaria decidió traer a lengua española una de las obras de filosofía política más relevantes del nicho de la fenomenología. *La contingencia del déspota* representa un hito en tanto que se trata del primer texto en formato libro traducido íntegramente al español de Marc Richir. Suponiendo, por doble partida, una anomalía. En primera instancia, porque se trataba, antes de su defunción, de uno de los filósofos contemporáneos más originales y, por la otra parte, puesto que la versión española del libro vio la luz antes que la original en francés. Esto pudo posibilitarse gracias a la generosidad de Richir, y su amigo Miguel Abensour como uno de los máximos culpables de la escritura de la obra, con la editorial española. La existencia de un gremio, escaso pero brillante, en nuestro país de pensadores afines a tales líneas posibilitó una recepción exitosa, aunque acotada. Iniciándose con ella un ciclo de publicaciones editoriales del ámbito de la fenomenología de la máxima relevancia durante el periodo en que Brumaria mantuvo su actividad¹.

**Imagen I:** Marc Richir.

A este respecto, no podemos dejar de reseñar la impecable labor que llevó a cabo Pablo Posada Varela como uno de los editores del título, al acompañar la obra de un prefacio, donde se introduce la figura de Richir y el contenido del libro, y dos dossieres, en los que se hacen unas aclaraciones depuradas y precisas de la terminología propia

¹ En 2023 recibíamos la noticia de un cambio en el equipo directivo. Desde entonces, ha habido un cese en la publicación editorial.

del sistema del autor y se comentan algunos textos en que se revela su modo de proceder fenomenológico. Su lectura, recomendablemente previa a la introducción en el texto de *La contingencia del déspota*, allanará el terreno para aquellas personas que no hayan tenido un contacto dilatado con el autor o con la tradición de la que es heredero. Mención aparte merecen los resultados de una traducción encomiable por parte de Fernando Comella, pues la proximidad del francés y el español se antoja engañosa a la hora de enfrentarse a los experimentos nominales y estilísticos a los que el autor era proclive. En última instancia, el volumen podría llegar a comprenderse como una buena introducción a la obra de Marc Richir en general o, incluso, a la fenomenología contemporánea.

Si se nos obligara a manifestar, del modo más sintético posible, dónde reside la auténtica originalidad de Richir, habríamos de dirigir nuestra mirada a la composición de una matriz fenomenológica en la que se reconocen registros de experiencia que exceden la región de investigaciones en la que laboró mayormente Husserl. Si bien es cierto que ya hubo presencia de gérmenes en los manuscritos de este último, parece claro que el iniciador de la fenomenología nunca se hizo cargo plenamente de la potencia de algunos de los hallazgos con los que fue topando; erigiéndose, entonces, Marc Richir ya no sólo como un mero intérprete del «puño y letra» husserliano, sino como un eminente continuador de su legado frente a cualquier forma de adhesión a una «escuela». Hablamos, en última instancia, de lo que él mismo vino a llamar «refundición de la fenomenología».

Dentro de la biografía del fenomenólogo belga, *La contingencia del déspota* supone el segundo libro orientado hacia la problematicidad de lo político, después de *Du sublime en politique* publicado en 1991 y todavía no traducido al español. Ambos son ejercicios de lo que podríamos llamar «filosofía política moderna» en tanto, en contraposición a la «clásica», se hacen eco de la orientación propuesta por Maquiavelo para abordar el fenómeno del «poder» desde el plano epistemológico que se abre a propósito de este. Ahora bien, hemos de advertir que el registro en que se mueven estas investigaciones no puede comprenderse sino al trasluz de la «fenomenología no estándar»² y, por lo

² Esta denominación responde a una analogía propuesta por el filósofo Jean-Toussaint Desanti entre este modo de ejercer la fenomenología y el «análisis no estándar» descubierto por el matemático Abraham Robinson.

tanto, no podremos encontrar referencias desde las que realizar una transcripción directa con los contenidos del libro.

Debemos, todavía, decir algo acerca del título de la obra. Y es que su pregnancia puede colaborar de una comprensión defectuosa de las tesis que hallaremos durante el decurso de los razonamientos. En efecto, *La contingencia del déspota* nos indica, implícitamente, cuál será la vértebra del escrito, pero lo hace de tal manera que es fácil, para el potencial lector, desorientarse al ser incapaz de conjugar el significado y el alcance de tal contingencia conforme se avanza en la lectura. Será a propósito de la siguiente aclaración, además, donde situaremos la originalidad de la propuesta richiriana.

La contingencia a la que se refiere Richir no es, propiamente, la del déspota como figura personificada, sino la que atañe al propio poder despótico. Este último implica coerción y, además, su propia legitimación. Ocurre que tal poder despótico admite, podríamos decir, «grados de variación» en consonancia con el «grado de legitimación» al que accede durante su ejercicio. Esto nos revela la tesis fuerte del escrito, de la cual pende la radicalidad de la propuesta, a saber: el poder es constitutivamente inestable y, por ello, contingente. Aquella justificación variable del poder no puede nunca ni erradicarse, ni totalizarse definitivamente, debiéndose observar el fenómeno del poder desde un campo más amplio que aquel que solo recoge sus variantes efectivamente coercitivas. Lo cual querría decir que la contingencia, como inestabilidad, se encuentra también en registros de experiencia donde no hay una continuidad habitual del poder; subrayando, a este respecto, la importancia de un nivel originario de la humanidad donde se nos revelaría una forma límite de poder que no puede ser colmada y que se da a la manera de un vínculo social originario. Este último es constitutivo con respecto a la forma comunitaria en la que el ser humano se encuentra ya siempre dado en tanto que tal y nos servirá, a modo de criterio, a la hora de interrogarnos por la justificación del poder propiamente coercitivo. En este punto, vemos cómo nos hemos aproximado a dos grandes motivos para una comprensión propicia de la obra: para empezar, no puede entenderse el estudio del «poder» en la obra sin relacionarlo con aquella matriz fenomenológica compuesta de distintos niveles de experiencia humana y, en segundo lugar, el título de la obra presenta una concepción simplificada de su temática.

El estilo desperdigado del autor, unido a la novedad del registro en que aborda los contenidos de la obra, podría verse como un síntoma de «academicismo» en tanto se dirigiría a abordar una serie de problemáticas muy pertinentes para su gremio, pero desconectadas, casi plenamente, de la cotidianeidad política de nuestras sociedades. Pero nada más lejos de la realidad. Ya desde el mismo comienzo de la publicación se nos hace patente la crudeza con la que Marc Richir quiere venir a disertar y, a la vez, la pasmosa proximidad del territorio de disputa, la cual nunca terminará escapándonos a pesar de la inevitable nomenclatura propia con la que trabaja el autor. De manera casi diametralmente opuesta al siglo XX, nuestro presente está atravesado por una anemia sociopolítica por la cual podríamos hablar, con cierta verosimilitud, de una progresiva «evaporación» de lo político. Fuere por derivas autoritarias o por una creciente burocratización, el soterramiento del campo de la política está siendo vaciado en pro de una proliferación de simulacros ideológicos que se hallan difuminando a aquel al modo de un velo. Esta teatralización de la política provocará efectos devastadores en la sociedad al tratar de sostenerla sobre un tejido compuesto únicamente por la representación de aquellos simulacros y, en consecuencia, dando paso al sometimiento a los dictámenes de las economías financieras descabalgadas.

La imperiosa necesidad contemporánea de volver a la indagación teórica se tornará la única forma de orientarse en la encrucijada que nos asola. Asimismo, pareciera que en este marco solo la figura del «tirano», como aquel déspota que se apropia ilegítimamente del poder, podría venir a suplir eficazmente, mediante la opresión, las inercias hacia el desbaratamiento. La investigación, a esta sazón, acerca de la naturaleza de lo político y su autonomía definirá el alcance de los hallazgos con que nos topamos a lo largo del decurso que compone la obra. Nuestra tarea consistirá en examinar fenomenológicamente el «poder» en su transcendencia a la sociedad; o, dicho de otra manera, la transcendencia de lo político sobre *la* política. He aquí el misterio inaudito del poder: podemos constatar de modo recurrente sus productos, pero siempre que tratamos de aprehenderlo se nos escabulle como si de un flujo indómito se tratara. Son muchas, por descontado, las instancias que parecen incorporarlo en su haber o que, incluso, se proclaman como las únicas encarnadoras legítimas del mismo; y, sin embargo, la movilidad propia del poder se muestra

indefectiblemente en una relativa independencia que no puede ser colmada por cualesquiera concentraciones. Aquello que nos mantiene unidos como seres humanos en nuestros esbozos de convivencia no puede obrar con autonomía de esta condena. El poder inunda, como un magma, cualquier conato de proyecto político en nuestras sociedades sin ser nunca plenamente digerido. Tal desajuste constitutivo en las relaciones humanas es el que nos abocará a la «Historia».

La apertura de nuevos registros de experiencia nos obliga a sondear qué pueda ser aquello de los vínculos humanos originarios como nivel sobre el que se sostiene la estabilidad de la convivencia comunitaria. Esta transcendencia constitutiva de la humanidad se manifiesta al trasluz de las sociedades que estamos estudiando como una transcendencia de lo social; allá donde la sociedad se nos muestra como un «caldo primigenio» en que los individuos se encuentran dados en unas relaciones de «interfacticidad» originaria, que no es todavía el campo de la experiencia en que trascurren nuestras relaciones cotidianas, posibilitada por un espacio compartido. El vínculo social acontece como una «utopía sublime» que, puesta al servicio de la sociedad, evita cualquier catástrofe autodestructiva en tanto en cuanto el ser humano no puede vivir en la inestabilidad absoluta. Tal utopía no debe entenderse como una mera elucubración o engendro imaginativo. Frente a la constricción anónima de las leyes, la coerción del tirano o los postulados de la Naturaleza reconstruidos abstractamente, la transcendencia de lo social es lo que nos mantiene unidos aun a pesar de los conflictos insalvables.

La contraposición de la cosmovisión griega y los postulados maquiavélicos será una herramienta adecuada para comprobar estos resultados. Es de sobra conocido que los griegos comprendían la «discordia» como catástrofe frente a la unidad política que hace posible el orden de la vida humana. Mientras que Maquiavelo, por su parte, entendió el conflicto, ya no como aquello que diluye lo social, sino, precisamente, lo que lo moviliza políticamente. Así, para Platón el vínculo social surgiría de una configuración de la afectividad que nos hace semejantes en tanto que los individuos vendrían a suponer una suerte de «microcosmos» de la *polis*. Se propondrá, entonces, pensar a la inversa: el espectro de la tiranía se encuentra en el horizonte de toda sociedad a modo de un exceso indeterminado, y no como el paso de un modelo

sociopolítico estanco hacia otro como decurso de un *logos* armónico. La tiranía es, al albor de esta tesis, la antípoda misma del «rey-filósofo».

A pesar de las dificultades para familiarizarse con la «fenomenología no estándar», la lectura de *La contingencia del déspota* debería ser obligatoria para quien quiera seguir reflexionando acerca de problemas tradicionales de la filosofía política desde una perspectiva contemporánea. O, por descontado, para quien quiera introducirse en la fenomenología como una de las vertientes de pensamiento más potentes de nuestro presente. Para el caso concreto de la propuesta de Marc Richir, podemos aseverar que su sistema amplía con creces el ámbito teórico desde el que la pregunta por el «poder» había venido dándose al extenderla a dominios que pasan desapercibidos en el examen de la simple coerción cotidiana.

Imagen I, fuente: *Wikimedia*, By Exaiphnès-Own work, CC BY-SA 4.0, <<https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=136265192>>, [03/02/2026]